

LA NOVELA FILM

N.º 62

30 cts.



LA CRUZ DE LA HUMANIDAD



LA NOVELA FILM

Redacción { Lauria, n.º 96
Administración { BARCELONA

Año II

N.º 62

LA CRUZ DE LA HUMANIDAD

PRINCIPALES
INTÉRPRETES

HOWARD HICKMAN
ENID MARKEY

DIRECTOR

TOMÁS H. INCE

EXCLUSIVA DE
BERNARDO PRADES

VALENCIA, 222, PRAL.
BARCELONA

La Cruz de la Humanidad

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

AMA A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS
Y A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO.

Tales fueron las palabras pronunciadas por el Hijo de Dios al serle preguntado en el Templo de Jerusalén, hace más de mil novecientos años, cuáles eran los principios fundamentales de la Ley Divina.

Han transcurrido veinte siglos; que los hombres han visto sucederse sin que ni un solo instante la aurora de la Paz brille por todos los ámbitos del Mundo.

Los pueblos viven en lucha constante, y el cerebro humano no se da punto de reposo inventando nuevos medios de destrucción.

Ese terrible azote que se llama ¡GUERRA! se ha enseñoreado de nuestro Planeta a tra-

vés de los tiempos, con olvido absoluto de las enseñanzas de Jesucristo.

Y este es el fin que persigue esta narración: recordar esas enseñanzas, estimular el amor al prójimo, haciendo arraigar la idea de ¡PAZ! en el pecho de los hombres de buena voluntad.

Para ello es preciso mostrar la *guerra* con todos sus horrores, ideando una historia irreal, en cuanto a la personalidad de sus protagonistas, pero absolutamente verídica por lo que se refiere a los daños que sufre la pobre ¡HUMANIDAD!

¡Ojalá que esta semilla arraigue en el corazón de todos, altos y bajos, para que el cerebro y el brazo del hombre sólo se consagren a arrancar a la Madre Tierra el fruto del trabajo, que es fruto de bendición!

El país donde se desarrollan los sucesos que vamos a narrar, sólo ha existido en la fantasía del autor de la producción cinematográfica, y los hombres que engendran la catástrofe son igualmente seres imaginarios, aunque se mueven y conducen como si fueran de verdad.

Y dicho esto, empecemos.

I

Nos hallamos en Batisgalia, un país del que nadie conserva memoria. Sus habitantes se entregan, tranquilamente, a las faenas que son el pan suyo y el de sus hijos.

Los ciudadanos se consideran felices, como lo son los de todos los pueblos cuando reina la paz.

Pero un incidente con el país vecino, del que hablan los periódicos, lleva la intranquilidad a los espíritus.

El rumor llega hasta las más apacibles aldeas, donde todo es risa y esperanzas.

—Esta es una ofensa que no debemos tolerar si tenemos vergüenza — opinan los hombres.

Y mientras se agita la opinión en los campos y en las aldeas, en la capital, los clamores de la calle llegan hasta las más altas esferas sociales.

—Señor: el país en masa pide venganza. El pueblo manda; lo quiere...—notifica el Presidente del Consejo de Ministros a la más alta personalidad de la nación.

Y en vista de la gravedad de los acontecimientos, la Asamblea Nacional se reúne en sesión extraordinaria.

II

Todos los asambleístas que han hecho uso de la palabra, se han expresado en términos de la mayor acometividad. Sólo uno deja oír su voz en nombre del buen sentido.

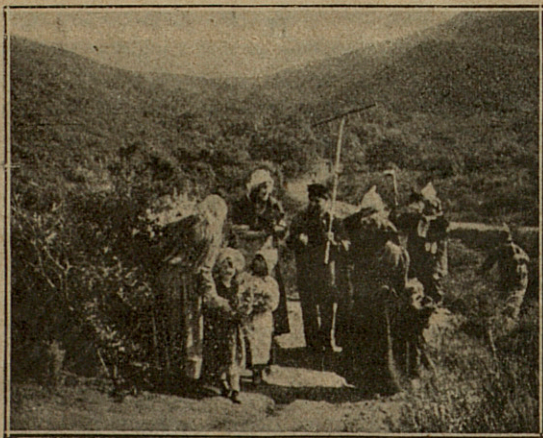
—Yo no niego—dice—que se nos haya irrogado un perjuicio y hasta puede que ello constituya una ofensa. Lo que sí digo es que no hay ofensa, y menos colectiva, que precise ser lavada en un río de sangre.

Las palabras conciliadoras del orador exasperan más los ánimos, dando lugar a un gran tumulto, pero él no pierde la serenidad ni traiciona el grito de su conciencia.

—Pensad que esos compatriotas nuestros asesinados en la frontera—añade—, eran unos aventureros que huían temiendo a las leyes de nuestro país. ¿Creéis vosotros que, aumentando el número de víctimas hasta lo incalculable, se podrá hacer revivir a los que ya están muertos? ¿Puede aliviar en algo la situación

de las viudas y de los hijos de esos desgraciados, el que un millón más de madres, y de huérfanos, viertan también lágrimas?

Desgraciadamente, predominan las tendencias belicosas y la Asamblea vota una proposición de extremada gravedad: la declaración



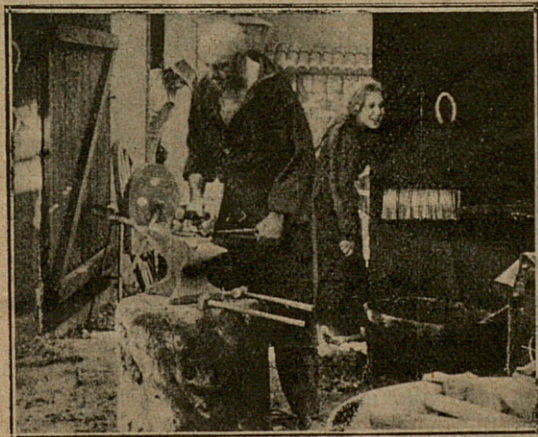
Sus habitantes se entregan, tranquilamente, a las faenas que son el pan suyo y el de sus hijos.

de guerra.

Y el orador de buen sentido solloza como un niño.

Entre los poderosos elementos en que cree contar Batisgalia para no temer un conflicto armado, figura un submarino que está llamado a revolucionar completamente la guerra moderna en el mar.

El inventor de la "prodigiosa" nave es un



Los ciudadanos se consideran felices...

joven oficial que ha consagrado todo su talento a la creación de esa poderosa máquina del infierno.

El arsenal, donde, estrechamente vigilados, se guardan los submarinos, es enorme. En él trabaja febrilmente el genio. Apenas votada

la proposición de declaración de guerra, un oficial llama al inventor en nombre de la más alta personalidad del país.

Trasladado inmediatamente a palacio, el eminente marino es recibido con todos los honores.

—Antes de acudir al llamamiento de los Ministros, que me aguardan en Consejo, he querido veros, señor oficial. ¿Disponéis de todo lo necesario para la construcción en serie de vuestros submarinos?

—De todo, señor. Y cuanto soy, y cuanto valgo, y cuanto tengo, está a disposición de mi Patria. A trabajar por ella y para ella he consagrado mi vida entera.

Después de esta audiencia, la más alta figura de la nación se reúne con sus Ministros para tratar con ellos del grave asunto.

El inventor del submarino, no obstante su alta alcurnia, adora a una mujer humilde y sencilla.

Con el pensamiento puesto en el ser adorado, el laborioso marino abandona la residencia oficial a donde había acudido en cumplimiento de un deber de lealtad.

A poco llegan a palacio los Consejeros para dar cuenta de la decisión de la Asamblea.

Y correspondiendo al deseo general, el más alto hombre de la nación firma la sentencia fatal, diciendo:

—Puesto que mi pueblo lo quiere, sea.

Y el eco de la palabra ¡GUERRA!, que repiten mil voces en la calle, repercute en la estancia como el estruendo de un cañón.

Pocas horas después, los primeros regimientos salen de la capital para ir al frente.

Entre los que presencian el desfile de las tropas, está el asambleísta apóstol de la paz, quien, en medio del entusiasmo popular, no puede menos de lamentarse de la hecatombe que empieza.

—¡Quién sabe cuántos no volverán más!— exclama angustiosamente.

Tan piadosa exclamación produce un movimiento de protesta originando un verdadero tumulto, y el noble humano resulta herido por manos impías.

III

Aprovechando las sombras de la noche, el ejército de Batisgalia avanza hacia la frontera.

Imagínese el lector (como nota triste en medio del regocijo popular) a una infeliz mujer a quien la movilización ha sorprendido en el día señalado para su boda.

Al día siguiente ya está todo dispuesto para iniciar la ofensiva.

El primer choque es tan violento, que hace presagiar una hecatombe como jamás la conocieran los mortales.

Y como si la Divina Providencia quisiese escarmentar a los que, ciegos por una mal entendida exaltación patriótica, han roto las hostilidades, el ejército de Batisgalia tiene que batirse en retirada.

Si los hombres no olvidasen las palabras del Redentor: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, no se darían casos como el de matar locamente, sin piedad, a enemigos indefensos.

Causan horror las listas de los desaparecidos y la tierra se tiñe en rojo de vidas muertas.

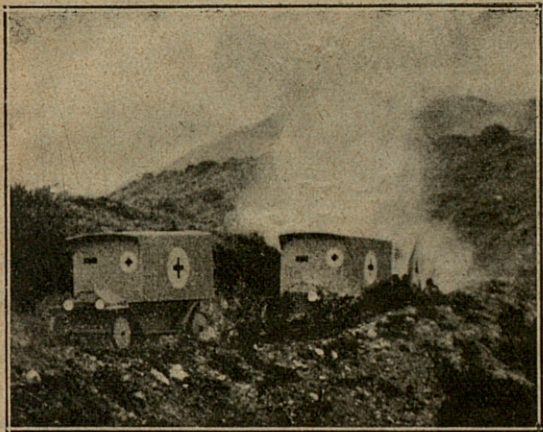
Y cada vez más, la retirada del ejército de Batisgalia adquiere proporciones de verdadera derrota.

La lucha y la muerte llegan hasta los pueblos, y sus habitantes tienen que emprender el triste éxodo de la huida a través de caminos regados con su propia sangre.

La metralla no respeta nada. Su misión es destruir, aniquilar, y la cumple.

Y los sueños de Gloria se convierten en Fantasma horrible que pasa sobre vidas y haciendas.

Las listas de bajas, que muestran con cruel desnudez, la terrible verdad, hacen reaccionar a la opinión, pero ya es tarde.



La metralla no respeta nada. Su misión es destruir, aniquilar, y la cumple.

Las escenas más desgarradoras se producen cuando, ya madres, ya hermanas o novias, comprueban la desaparición para siempre de su hijo, su hermano o su amado.

Ahora es cuando el honor de la Patria está

seriamente comprometido y cuando hay que sacrificarlo todo para salvarle.

Y la masa inconsciente que arrastró al país a la guerra, pretende eludir el cumplimiento del deber.

IV

La recluta, que en un principio fué voluntaria, ha tenido que convertirse, por la fuerza de las circunstancias, en una verdadera leva.

—Obedece y calla. La Patria es lo primero—es la consigna de los soldados.

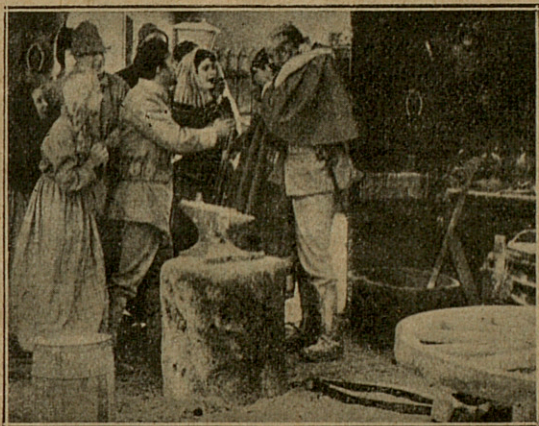
—Si yo pudiera empuñar un fusil iría a defender a la Patria—dice algún viejo loco.

Y al lado de esos casos, una madre con algunos pequeñuelos cosidos a su falda, despide al cabeza de la familia. Una pequeñuela llora y sigue gritando a su padre:

—¡Papá, papá, vuelve pronto!

Y la vocecita infantil se pierde como se pierde también la sombra del ser querido en las negruras del dolor...

La prometida del inventor del terrible monstruo marino recibe una carta de su adorado anunciándole que se aproxima el momento de separarse, y como su ama de llaves inquiriere de ella noticias de él, la novia responde, resignada:



La recluta, que en un principio fué voluntaria, ha tenido que convertirse en una verdadera leva.

—Le llama la Patria para cumplir una misión que puede ser su muerte, y yo no puedo ni debo impedirlo.

A lo que, el ama, que profesa un gran cariño a la novia, contesta:

—Puedes, si quieres, hacer un gran servicio a la Humanidad. Alístate en el Ejército de la Paz.

—¿Qué Ejército es ese?

—Mira—dice el ama, descubriendo una bandera roja que cubre su pecho—. Este es el emblema del Redentor del Mundo, y los que militamos bajo su bandera no esgrimimos más armas que las del amor a nuestros hermanos.

—¿Y qué he de hacer?

—Para ello sólo necesitas un poco de Fe.

—La tendré.

—Este Apostolado de la Paz empieza a ser una realidad vivida en todo el Mundo. Nuestra primera misión es la de conquistar prosélitos. El fin que perseguimos hace lícitos todos los medios. En todo el Orbe, miles de mujeres, madres y esposas nos disponemos a luchar contra la guerra. ¿Quieres unirme a nosotras y seguir nuestras humanitarias predicaciones?

—Sí.

Lista ya la flota submarina, el inventor del nuevo monstruo de los mares recibe la orden de estar sobre aviso para zarpar a la mañana siguiente.

Y, antes de partir, el oficial va a despedirse de su novia.

—Ha llegado el momento de alcanzar el premio de mis desvelos, Mercedes—le dice él.

Mas ella refuta sus palabras;

—¿No te horroriza pensar en las madres, esposas e hijos de los que por ti pierdan la vida? ¿Ni en las víctimas que puedas ocasionar?

—¿Por qué me hablas hoy así, Mercedes? No puedo escucharte. Mi Patria me reclama.



—¿No te horroriza pensar en las madres, esposas e hijos de los que por ti pierdan la vida?

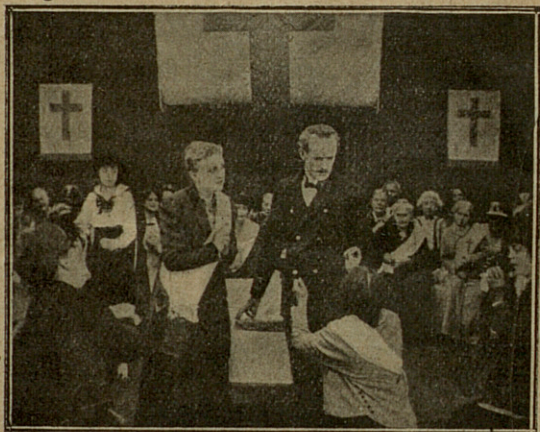
Yo me debo a mi Patria.

—Ve, pues, a ser la causa de la ruina de miles de hogares felices.

Aquella misma noche, en una segunda en-

trevista, que debe ser la última, Mercedes refiere a su adorado la historia de la Cruz de la Humanidad, y termina diciéndole:

—Esta Cruz que cubre mi pecho, me apartará de ti si manchas tus manos con sangre de tus semejantes. ¡No mates, Juan!



—¡Señor, acordaos de que todos somos hermanos!
(Pág. 17)

—Lo que me pides no es posible. ¡No puede ser, no!—responde él en tremenda lucha con sus sentimientos.

—Pues entonces renuncias a mí para siempre.

—¡Eso no, Mercedes! ¡Comprende mi situación!

—¡Ama a tu prójimo como a ti mismo, Juan!

—¡Yo no puedo renunciar a ayudar a mi Patria!

—Tú eres bueno, Juan. Déjate conducir por mí y obra luego como tu conciencia te aconseje.

Y el oficial, que es también un buen soldado de la Fe, se deja llevar al lugar donde se reúnen unas cuantas madres de unos cuantos hombres, hermanos suyos.

Y allí tiene lugar el acto de su catequización.

—Ama a tu prójimo como a ti mismo—suplica una de esas mujeres.

—¡No matarás!—implora una segunda.

—¡Señor; acordaos de que todos somos hermanos!—dice una tercera.

Y Juan, emocionado, promete no olvidar las enseñanzas de la Divina Bondad.

V

Al anoecer, el monstruo marino surca las aguas, llevando a su bordo a su inventor.

Pensativa se halla la que se queda, pero más pensativo está el que se va.

Reina el más imponente silencio.

De súbito, desde la Estación Radiotelegráfica del Cuartel General, envían un mensaje al submarino:

- - 2 a 4 - r - r 6 G. - n - n 5 - 5- p s
Wr - 11 - 3 3 - 50 - 7

(S)

o sea:

Eche a pique vapor "Golondrina" lleva municiones. Custódiale destroyer "Vigilante". Rumbo costa norte, 50 millas capital.

(S)

Juan recibe la orden, y en un momento en que su espíritu patriótico domina sus nobles deseos de evitar sangre, manda que todos estén a su sitio para cumplirla.

Y empieza el acecho al barco que pronto desaparecería en el fondo de los mares.

Cuando llega el terrible momento, rasga el silencio el estampido de los disparos y los gritos de horror del pasaje del vapor atacado.

Niños, viejos, mujeres y hombres, se confunden en tan críticos instantes.

El barco se va hundiendo y las víctimas aumentan considerablemente.

Los botes de salvamento son insuficientes

para tanto desesperado, y la muerte no se cansa de segar vidas.

Todo eso lo ha estado contemplando Juan, y su conciencia se subleva definitivamente ante aquel cuadro de horror.

Y clama delante de sus subalternos:

—He cumplido mi deber para con la Patria! ¡Ahora voy a cumplirle para con Dios!
¡¡Rumbo a tierra!!

Asombro.

—¡Rumbo a tierra, he dicho! ¿No lo habéis oído?

El segundo oficial intenta protestar. Juan prosigue, cada vez más exaltado:

—¿No os horrorizan las víctimas que hemos causado? ¡Volvamos a la razón! ¡Seamos hombres y no fieras!

—Pero ¡eso es traicionar a la Patria!—responde el segundo de a bordo.

—A la Patria se la sirve también procurando su engrandecimiento por medio del trabajo y de la Paz.

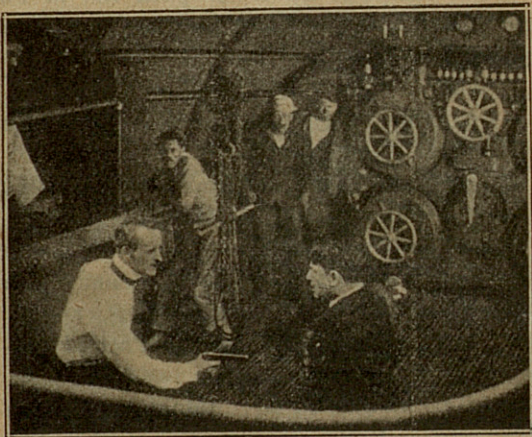
Es inútil. Nadie quiere obedecerle.

Entonces Juan, decidido a todo a cambio de evitar que se repitan hazañas análogas a la que él mismo ha dirigido, termina diciéndole a la tripulación del submarino:

—Vuestra rebeldía es la sentencia de muerte de todos nosotros. ¡Antes sepultaré en el Océano esta nave, producto de mi locura fra-

trícida, que emplearla contra mujeres y niños indefensos! ¡Eso ha concluído para siempre!

Y Juan, a pesar de que todos buscan cogerle a traición, no se arredra, revólver en mano, y al poco rato en el submarino se respira a



—*Vuestra rebeldía es la sentencia de muerte de todos nosotros.*

muerte.

Luego las calderas del monstruo estallan y se entenebrece el espacio.

La voladura del submarino es vista desde uno de los barcos de guerra, el cual trata de prestar auxilio a las víctimas.

Y el Destino, piadoso o cruel, hace que pueda ser recogido el cuerpo del inventor, más muerto que vivo.

Un poco más tarde, la noticia del supuesto accidente ha llegado a tierra, y allá en el puerto le aguardan los brazos amorosos de la que le vió partir lleno de vida y de Fe.

VI

El inventor del submarino es el único de los tripulantes salvado de lo que, según creencia general en Batisgalia, ha sido obra de la fatalidad.

El heroico marino, cuya vida hay extraordinario interés en salvar, ha sido instalado como por sus servicios a la Patria merece.

La más alta personalidad de la nación le ha hecho destinar sus propios aposentos.

No lejos del lecho del moribundo, que rodean los primates de Batisgalia, una triste mujer eleva al cielo sus preces.

Y en aquella lucha entre la Aurora y el Crepúsculo, entre la Vida y la Eternidad, el

Espíritu del marino se remonta a otras regiones, y hasta su alma llega la Luz de la Verdad.

—Grande fué tu crimen, pero al ofrecer tu vida por la Humanidad te has redimido—súrrale una voz suave y dulce—. Mira y compara los deleites del Bien con los estragos del Mal. Estos son el odio y la venganza revolcándose en el cieno de su impotencia. Quiero volver en ti a la Tierra, para que prediques a los Hombres como yo les prediqué. Reeuérdales que el Amor y no el Odio debe reinar sobre la Humanidad.

Y la voz suave y dulce se calla... para que obre la conciencia del hombre.

Y al nacer el nuevo día...

—¡Hemos vencido a la Muerte! ¡Está salvado!—grita triunfante el médico mayor de palacio.

En tanto, la guerra sigue y los aeroplanos enemigos, burlando la vigilancia de sus adversarios, se dirigen a la capital de Batisgalia.

Los momentos son tan críticos que el Gobierno se halla en Consejo permanente.

La Nación va a ser herida en su propio corazón.

La escuadra se dispone a apoyar el ataque aéreo.

Horas después, la amenaza se convierte en una pavorosa realidad.

Las bombas y las granadas enemigas siembran la muerte y la desolación por todas partes.

Las baterías de la plaza se esfuerzan en una defensa inútil.

¡Nada ni nadie escapa a la obra destructora!

VII

Ha transcurrido un mes de lucha cruenta, y a las proposiciones de Paz, pedida por Batisgalia, el enemigo contesta con unas bases inadmisibles.

—Esto significa la esclavitud para mi pueblo—dice la más alta personalidad de la nación.

Y la guerra sigue su curso.

El inventor del submarino, como un fanatizado, se ha convertido, después de su restablecimiento, en el más decidido Apóstol de la Paz.

En una plaza, en cualquier calle, frente a cualquier establecimiento, Juan predica como predicó El.

—¡Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos! ¡Todos somos hermanos!

El extraño caso del marino preocupa a los Altos Poderes.

—Es un caso digno de compasión. La herida le ha trastornado el juicio—es lo que opinan todos.

Y en la calle, la multitud insulta al arrepentido autor del monstruo marino.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que encierren a ese mal patriota!

Entregado a su idea, Juan continúa:

—¡Gloria a Dios en las alturas y Paz a los hombres de buena voluntad.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Y caen sobre él numerosas piedras.

—Pero ¿sois hombres o sois lobos? ¿No estáis ya hartos de sangre?

—¡Fuera! ¡Fuera!

En palacio, la primera personalidad de la Nación se entera del lamentable espectáculo que está dando Juan ante la multitud, y, exasperado, ordena que le lleven inmediatamente a su presencia al desgraciado.

Aun detenido, Juan sigue predicando:

—¡Podréis ver la sangre que brota de mis heridas, pero no las lágrimas que vierte mi co-

razón! ¡Cristo murió en la Cruz para redimirnos de nuestros pecados!

Era tan grande la Unción de que se hallaba poseído aquel hombre, que por sus palabras y por su actitud recordaba al Mártir del Gólgota.



—*¡Padre; perdónalos, que no saben lo que hacen!*

(Pág. 26)

En vista de las teorías que sustentaba, se le instruye causa, y acusado de traición se justifica con la elocuencia de un iluminado, mas los hombres, basándose en la Ley, lo condenan a muerte.

Y sigue la obra destructora de la Humanidad engañada en los campos de batalla.

La Luz Divina alumbra la horrible soledad de la muerte. ¡Ah, si los muertos volviesen al mundo!

—¡Padre; perdónalos, que no saben lo que se hacen! — murmura, mirando al Cielo, el Hijo de Dios.

Y desde las negruras de su calabozo, la Luz de la Razón de Juan, al que se cree falto de ella, se esparce, brillando como Aurora de Paz.

Y aquella Luz, al igual que la Estrella de Belén, guía a las mujeres de toda Batisgalia para pedir la Paz y el indulto del infortunado marino.

VIII

Al amanecer de un nuevo día, un numeroso ejército de Defensoras de la Paz, recorre las calles de la capital.

Al frente de ese Ejército de la Paz y de la Misericordia, figura la prometida del desventurado inventor del submarino.

La esposa de la más alta personalidad de la

nación, comprende el dolor de todas las mujeres del mundo, y apoya la demanda que formula La Cruz de la Humanidad.

—Todas las mujeres de Batisgalia vienen a pedirte Paz para tu pueblo y Piedad para el hombre a quien acabáis de juzgar, y yo uno mi ruego al de esas mujeres.

El representante de Batisgalia se asoma a la calle, y sus ojos asisten a algo que jamás hubiese podido soñar.

En efecto, el espectáculo no puede ser más grandioso. Aquellas miles de mujeres, puestas de hinojos, piden por la vida del hombre de cuya influencia sobrenatural esperan la terminación de la guerra.

Y de todos los labios brotan las mismas palabras: ¡Paz! ¡Misericordia!

Emocionado, el Regente se reconcentra en sí mismo, y la voz suave y dulce de la Bondad le murmura:

—A las esferas en que habitas, difícilmente llega la Verdad. Ven. Quiero que veas de cerca lo que es la guerra.

Y desfilan ante los desorbitados ojos de la conciencia de aquel hombre todas las miserias que está sufriendo su pueblo.

En todas partes el mismo grito:

—¡Queremos Pan y Trabajo! ¡Queremos pan!

Los campos están arrasados, las ciudades

destruídas, la juventud mutilada por la metralla y deseando la muerte, para que cesen sus dolores...

¡Horrible, horrible!

¡Cuánta sangre!

¡Cuánta lágrima!

¡Cuánta vergüenza!

IX

La Luz de la Razón brilla, al fin, en la conciencia humana, y el deseo general es que se termine la guerra.

Y se celebra en Batisgalia una reunión trascendental, presidida por el primer hombre de la nación, desconocido por los sufrimientos morales padecidos.

—Quiero, señores,—dice éste—no sólo que termine la guerra, sino que conozcáis mis propósitos respecto a la Paz.

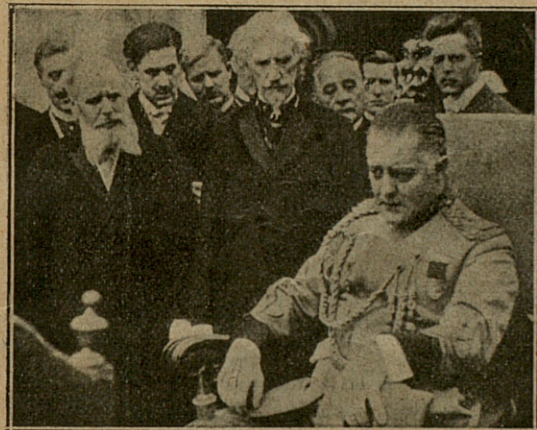
Pausa. Silencio absoluto. Todos los corazones laten a un mismo compás.

—Deseo—añade—que todo vuelva a la normalidad lo más rápidamente posible y que se borre toda huella de dolor sufrido. Decid a esas madres que imploran ahí abajo, que pronto podrán volver a abrazar a los seres queri-

dos. Decidles también que el triunfo ha sido suyo; que esta vez ha alcanzado la Victoria y la Gloria, el Ejército de la Paz.

Y, en efecto, al día siguiente, empiezan a llegar a la capital los primeros Regimientos.

La noticia fué acogida en todos los frentes



—Quiero, señores, no sólo que termine la guerra, sino que conozcáis mis propósitos respecto a la Paz.

de combate con loca alegría. Todos los soldados, como hermanos, se abrazaron efusivamente, llorando con toda su alma.

Y en las calles de las ciudades, aquellos brazos que se agitaron para darles un adiós,

que podría ser el último, se abren ahora para estrechar contra el corazón a los que vuelven.

Y adonde sólo quedaron penas y quebrantos, vuelve ahora la alegría.

Las escenas de la más alta emoción son innumerables. En cada hogar una.



—¡Quién se acuerda de los dolores ya, si estoy a tu lado, madre mía! (Pág. 31)

Vuelve el novio; el esposo; el padre; el hijo; y todos ríen y lloran a un mismo tiempo.

Los pequeñuelos, sin comprender demasiado lo que pasa, saltan de gozo. Una corriente de felicidad agita al mundo entero.

Y la felicidad esperada en el porvenir se

resume en esta sublime frase de un soldado: —¡Quién se acuerda de los dolores ya, si estoy a tu lado, madre mía!

La anciana no habla. No puede. Sólo besa y llora...

Y pasada la pesadilla de la guerra, vuelve la actividad a las ciudades, la placidez a los campos... y la ilusión de vivir a los corazones.

Quedan, ¡ay!, notas tristes en muchos hogares, mas ellas servirán de ejemplo para que los demás entonen eternamente el himno a la Paz, armonizado con las sonrisas de los niños.

¡GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD!

FIN

Revisado por la censura militar

IMPORTANTE:—Nuestros lectores habrán observado que este número sólo consta de 32 páginas en vez de 40 como acostumbrábamos.

Esta reducción de páginas de texto obedece a la supresión de los anuncios, ya innecesarios.

A cambio de ello, con este número ofrecemos la postal en una nueva tinta especial y en cartulina superior.

PRÓXIMO NÚMERO EXTRAORDINARIO
LA GRAN NOVELA

LA MODERNA GARÇONNE

INTERESANTÍSIMA PRODUCCIÓN
ALEMANA, BASADA EN UNA BRI-
LLANTE OBRA

CONJUNTO DE INTÉRPRETES
ADMIRABLE

64 PÁGINAS
PROFUSION DE FOTOGRAFÍAS
PRECIO EXCEPCIONAL:

50 Céntimos

Postal regalo:

EDDIE POLO

Lea usted esta sugestiva novela

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y nú-
meros sueltos atrasados a
precios corrientes, de venta,
en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.,
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provin-
cias y en todos los Kioscos
de España

